

ca mas rica en episodios que interesan á los que siguen la marcha de los pueblos. En 1860 la guerra es desoladora, pero menos bárbara que los años anteriores; más sangrienta, pero menos vengadora de agravios reales ó supuestos. La victoria comienza á sonreír á las armas liberales; se dá principio á la obra de la reforma social y política; se efectúa un cambio en la opinion; aparecen tribunales, literatos, escritores; se discute en el congreso, en el club, en la asociacion literaria, en las plazas y en las calles; la prensa ventila ya la cuestion de principios, y ve el pueblo que es una mentira que el triunfo reformista signifique la muerte del dogma, el sacrificio de las creencias religiosas, la pérdida ó la corrupcion de la moral. Si 1857 fué para Aguascalientes el año de los tumultos populares, el de 1858 el de los reveses y el de 1859 el de las mas violentas crisis; el de 1860 es el año de la lucha de las armas y de la de las ideas, es el año del triunfo, de la discusion, de la luz, de la Reforma.

Rivera gobernaba el Estado, y creia, como creian los conservadores, que la reaccion habia afianzado su imperio. El centro del país estaba sojuzgado por ella; solo en la circunferencia permanecia levantada la bandera constitucional, y en algunos Estados del interior aparecian pequeños grupos de liberales armados. Eran las lejanas nubes que vemos á lo léjos en el horizonte antes que vengan á descargarse sobre nosotros. Por lo que hace á Aguascalientes, no tenia entónces elementos para cooperar como otras veces á la lucha. Muchos de sus hijos habian sucumbido en el campo de batalla; los que sobrevivieron en los combates se ha-

CAPITULO XX.

Reaccion liberal.

(1860.)

La situacion. — Rojas. — Asesinatos. — Avila, gobernador. — Vicios de esta eleccion. — Vuelve la reaccion. — Gonzalez Camacho. — Asalto. — "Loma Alta." — Cambio en la opinion. — Batalla de Peñuelas. — Escision. — Rojos y moderados. — Exageraciones. — El partido conservador. — Adjudicatarios. — Progresos de la literatura. — Calma del fanatismo religioso. — Batalla de Silao. — Muere Mactas. — Derrotade Márquez. — Patron entregado por Doblado. — Estevanez. — Acalorada discusion. — Patron pasado por las armas. — El general Arteaga. — El gobernador. — Jayme. — El secretario. — Arteaga y Barragan, Medina y Arrieta. — Solana. — Alonso. — Leon y Marin. — El autor de ésta obra.

LEGAMOS á uno de los años mas fecundos en acontecimientos de cuantos han trascurrido desde que los primeros hombres civilizados vivieron en sociedad en Aguascalientes; á una de las épocas históri-

bían dispersado, y aquellos que en la prensa, en la tribuna, ó en otro lugar hubieran defendido la Constitución, estaban ocultos ó léjos del Estado. No creían en la resurrección de aquel Lázaro —la Constitución— los que no tenían fé en el poder mágico de la Libertad, que venía extendiendo sus conquistas desde 1810.

En Febrero de 1860 abandonó Rivera la capital del Estado. Por qué? No habían sido vencidas tantas veces los huéstes liberales? no tenía millares de soldados la reaccion? no contaba ésta con los pretendidos aristócratas, con el ejército, con las riquezas del clero, que cerraba las puertas del cielo á los amigos de la legalidad?—El gobernador reaccionario hufa empujado por la corriente de la revolucion y abandonó la plaza á un hombre que por desgracia alcanzó una celebridad bien triste. D. Antonio Rojas llegó á Aguascalientes con setecientos hombres que defendían la causa liberal, desprestigiándola, y que por sus vicios y crímenes no merecían agruparse en torno de una bandera levantada con gloria en otras partes.

Ese hombre valiente, tan fanático por la causa que defendía como intransigente con los enemigos de ella, y tan inculco y exajerado como sanguinario y cruel, pesó sobre Aguascalientes, esquilmo á aquella ciudad y derramó la sangre de inocentes é indefensas víctimas. Porque se estraviaron dos caballos del terrible jefe, (1) una horda de bandidos asesinó en los barrios de Gua-

(1) La ciudad fué abandonada por muchas familias á la noticia de la aproximacion de Rojas. De todos los individuos del clero solo permaneció en Aguascalientes el padre D. Viviano Esparza.

dalupe y Curtidores á veinte personas. No se distinguió para esta matanza condicion, sexo ni edad: aquellos foragidos mataban á la casualidad, por sistema, por hábito. Y para hacer mas repugnante el crimen, á él se agregó el cinismo. Cuando este inicuo suceso se puso en conocimiento de Rojas, contestó tranquilamente. "No tienen motivo para quejarse: los *buenos muchachos* andan en la calle y los *malos* están en el cuartel."—Qué hubiera sido de aquella sociedad, si éstos hubieran estado libres?

Rojas impuso un préstamo forzoso, diciendo como dicen los bandidos vulgares: *la bolsa ó la vida*, y no había influencias capaces de hacer que aquel hombre disminuyese las cuotas. El pueblo había sido conservador y, segun la lógica de Rojas, debía ser castigado. En este sentido fueron estériles los esfuerzos del consul español D. Norberto Hornedo, (1) quien logró en cambio que aquel diese mas garantías á la poblacion, alarmada con los hechos criminosos que refiero, y amenazada por las hordas mandadas por ese hombre que por fortuna permaneció pocos días en Aguascalientes.

Entre tanto, los pocos liberales que estaban en la ciudad hacían esfuerzos para organizar la administra-

(1) Es de rigorosa justicia consignar aquí un hecho. El Sr. Hornedo, durante los tres años de la lucha, prestó servicios importantísimos á la poblacion y en particular á muchas personas, bien estuviesen éstas filiadas en el partido liberal ó en el *mocho*, como se llamó entónces al conservador. Cuando los amigos de la Constitución imperaban, el Sr. Hornedo defendía las personas y los intereses de los reaccionarios; cuando éstos se sobreponían, aquel era el protector de los primeros. De este modo evitó las represalias en cuanto pudo.

cion con el fin principal de colocar un poder en frente del poder de Rojas. Se eligió gobernador á Avila, se instaló el ayuntamiento, fué nombrado jefe político D. Jesus F. López y se procedió á satisfacer la mas urgente de las necesidades en aquel tiempo, la de organizar fuerzas. Facilitó esto la llegada de Macías, los Arteaga, Martinez Valdés, D. Ignacio Gallegos, y otros jefes y oficiales que estaban antes en distintos lugares del país.

D. Estéban Avila había sido electo gobernador (1) sin que la legislatura tuviese *quorum*; pero se dijo que los peligros de la situacion santificaban esa *irregularidad*. Obtuvo aquel los votos de sus compañeros los diputados, porque creyeron éstos encontrar en él, no solo un instrumento, sino la flexibilidad necesaria para abandonar el puesto cuando les fuese conveniente. Desconfiaron respecto de la inestabilidad del gobierno legal, tuvieron miedo á aquel anormal orden de cosas y acallaron las ambiciones que contentaron la de Avila.

Este nada había organizado cuando volvió la reaccion, y se retiró con las pequeñas fuerzas de que podía

(1) Gómez Portugal no desistía de reclamar sus pretendidos derechos al gobierno. En esta época envió á Aguascalientes á D. Refugio Pedroza con dos comunicaciones, una para Barragán, en la que decía á éste que como presidente del tribunal tomase posesion del gobierno, y otra al Sr. Avila, trascribiéndole aquella, para su cumplimiento. Barragán contestó que él no era llamado al gobierno por la Constitucion, y Avila insertando el artículo constitucional que atribuye á la legislatura la facultad de nombrar gobernador, y diciendo que él había sido electo.

disponer al Occidente de la capital. Apoderóse de ésta el reaccionario D. Márcos Gonzalez Camacho, jóven de familia distinguida, ilustrado, de excelente educacion y finas maneras. Contaba con una fuerza de caballería, mandada por Juan Chávez, conocido desde entónces por sus correrías de bandido. Había recibido Avila auxilios de Zacatecas, una fuerza mandada por D. Agapito Gómez, y ésta y la de D. Ignacio Gallegos, sorprendieron y tomaron la plaza uno de los dias del mes de Abril. Murieron en el asalto diez hombres, siete fueron fusilados sin forma de juicio, y los más hechos prisioneros. Gonzalez Camacho, Chávez, los oficiales García y Juan Palos escaparon huyendo.

Avila organizó inmediatamente un escuadron de caballería que puso á las órdenes de Martinez Valdés, y ese cuerpo tuvo la satisfaccion de cooperar al triunfo espléndido, preludio de otros tantos, alcanzado en «Loma Alta» el dia 24 de Abril, por el general D. José López Uraga.

Entónces comenzó á conocerse el cambio favorable que se operaba en la opinion. La noticia de la victoria llegaba cuando el gobernador y muchos liberales estaban en el teatro, y precisamente en los momentos en que Sofia Calderon, hija del poeta zacatecano, cantaba la «China,» cancion que despertaba el entusiasmo, principalmente esa noche. Muchas veces se hizo repetir esa cancion, que era allí el grito de guerra y hasta el de venganza; los vivos atronaban los oídos; todos aplaudian, aun aquellos conocidos antes como reaccionarios, y los que habían presenciado impasibles la titánica lucha del pueblo.

Pero la victoria de «Loma Alta» no bastó para que tranquilamente se estableciese el gobierno de Aguascalientes, y la plaza fué abandonada. El gobernador y las fuerzas del Estado se incorporaron á las de Zacatecas que venian persiguiendo al general reaccionario D. Silverio Ramirez, quien fué tiroteado hasta en las calles de Aguascalientes, á donde pernoctaron Gonzalez Ortega y Avila el 14 de Junio.

El dia siguiente será recordado con orgullo por cuantos aman la disciplina y el valor de los soldados de Aguascalientes. Macías mandaba cuatrocientos infantes é igual número contaba un cuerpo de Zacatecas que era á las órdenes del coronel Pedraza, fuerzas las mejor organizadas que seguian á Gonzalez Ortega. Este salió de la capital poco despues de la media noche y pronto se encontró frente al campo de Ramirez, que habia tomado formidables posiciones, defendidas por doce piezas de artillería, arma de que careció Gonzalez Ortega. Se inició el combate; se batieron con denuedo los dos ejércitos, y no se hubiera alcanzado un triunfo completo sin el arrojó de Macías y Pedraza. Uno y otro se colocan al frente de sus respectivos batallones, que ya se habian batido hora y media; avanzan á paso veloz, y entre el humo y la mortífera metralla que lanzan doce bocas de fuego, se echan sobre la artillería que cae en su poder. Toda ésta, el armamento y equipo; acémilas, caballos y todo el ejército contrario prisionero, fueron los frutos de la batalla de Peñuelas. (15 de Junio)

A las cinco de la tarde volvieron á Aguascalientes los vencedores con los despojos del enemigo. A nin-

gun jefe ú oficial se fusiló, no derramó la sangre en el patíbulo el ódio de partido: se respetó el valor desgraciado, y á la oficialidad prisionera se le preguntó si querian ó no contribuir al triunfo de la Reforma. Se unieron al ejército liberal los enemigos que así lo desearon, y á los que permanecieron fieles á su bandera se les expidió pasaporte. Estos hechos dieron mayor lustre á la victoria alcanzada.

Fué despues de este memorable suceso cuando Avila se dedicó á organizar la administracion en todos sus ramos, empresa para la cual era apto aquel hombre, entonces jóven de treinta y tres años; entonces fué cuando se formó un círculo que le fué adicto. Comprendiendo que al triunfar definitivamente la revolucion cuya victoria presentia, vendria la escision en el partido liberal; conociendo que los diputados que le eligieron serian los primeros en desconocerle y hostilizarle, introdujo entre ellos la division, haciendo difícil un acuerdo en la legislatura. Unos fueron atraidos y se filieron resueltamente en el partido avilista; los otros permanecieron retirados é inactivos ostensiblemente, pero en realidad esperando el natural desarrollo de los sucesos para obrar, preparando para ello el terreno. Avila representaba el mismo papel hipócrita, consultando en las graves cuestiones la opinion de sus mal encubiertos adversarios, sin perjuicio de proceder contra el dictámen de ellos. Se rodeó de la juventud, oponiendo el vigor, la energía y hasta la imprudencia de ésta, á la débil fé y á la moderacion de sus presuntos enemigos. Contó entre los suyos á los magistrados Barragan, Arteaga y Alonso; nombró jefes políticos y

jueces de primera instancia que le pertenecieron; se atrajo al Club de la Reforma; protejió á la prensa y á los literatos; abrió una biblioteca pública; se comunicó con el pueblo, se rodeó de soldados, y se imaginó haber pasado el Rubicon, creyó asegurado su poder. D. Martín W. Chávez y yo fuimos nombrados, aún sin tener la edad para autorizar leyes y decretos, aquel secretario de gobierno y yo oficial mayor.

Esto violentó la escision del partido liberal y la determinaron las exajeraciones de la época. Llamábanse *rojos* los amigos de Avila y *moderados* los contrarios. No comprendiendo éstos que la opinion habia sufrido un cambio sensible y que, entónces al menos, eran claras las manifestaciones de ella en sentido *puro*, aceptaron la denominacion y creían halagar así al pueblo. Los otros, educados en distinta escuela, con mas talento y mas entusiasmo, con mas luces, aunque con menos experiencia, conocieron ó adivinaron las tendencias de la época y las de la revolucion, presidieron el movimiento que tenia lugar, é hicieron alarde, y mucho, de sus avanzadas ideas. Era el moderantismo la generacion que se va, no sin luchar para conservarse; el partido contrario, lleno de vida, pero imprudente, pretendió alcanzar en un dia los bienes políticos y sociales cuya conquista es obra de muchos años.

Por supuesto que esta ostentacion de *puritanismo* llegaba á veces á la caricatura, al ridículo. En la sociedad literaria "El Crepúsculo," en el club, en las reuniones, en las plazas y en las calles, se hablaba de religion, de filosofía, de política, no siempre con acierto, como se comprenderá, si se considera que hombres

de todas clases y condiciones discutian sobre esas y otras materias. Habia oradores, tribunos, poetas, escritores; y aunque es cierto que descollaron algunos talentos que sin la revolucion hubieran permanecido ignorados, lo es tambien que entónces se creían muchos con los conocimientos necesarios para ilustrar al pueblo. Fué la manía de la época hablar y escribir, citar á Voltaire, á D'Alembert, á Rousseau, á Mirabeau, Sieyes y demas nombres que registra la historia de la revolucion francesa, y hacer alarde de indiferentismo en materias religiosas, de descreimiento. Desmoullins, Saint Just, Chanier y otros fueron imitados hasta donde era posible, y no faltaban *terroristas* que pidiesen "sangre reaccionaria para hacer triunfar la Reforma, cabezas de clérigos y soldados para fecundizar el árbol de la Libertad." "Muera el papa! mueran los frailes! mueran los *mochos!*" eran los gritos ordinarios, las palabras sacramentales con que terminaban los discursos y artículos de periódico. Se hacia burla del culto católico, de las creencias religiosas; se ridiculizaba y ultrajaba á los devotos, á las *beatas*; se humillaba en todos sentidos á los contrarios; se pretendian imprudentes innovaciones, y se hacia ostentacion de intolerancia cuando se predicaba el principio de la absoluta libertad religiosa. Qué más? Aunque muy pocas veces, llegó á escaparse el fatídico "*No hay Dios,*" llegó á oírse la impía frase de Proudhon: "*Dios es tontería y miedo,*" y el que no aplaudia las blasfemias las autorizaba cuando menos con el silencio.

Las exajeraciones iban á otra parte, se manifestaban bajo otras formas. Los *rojos* usaban corbata ro-